

## Miquel Mont y Guillermo Mora, "Horizontal", La Fragua de Tabacalera-Madrid

=====

El diccionario de la Real Academia nos informa de que el adjetivo "horizontal" hace referencia a lo "perteneciente o relativo al horizonte", y cuando es usado también como sustantivo entonces es "lo paralelo al horizonte". Bien, pero nos quedamos con ganas de encontrar alguna definición menos seca y prosaica y más (en su sentido artístico) "encantadora". Damos con otra que nos resulta más sugerente: "Que es perpendicular a un plano o línea vertical". Sí, pero aquí comprobamos un exceso de "lógica" que anula el posible vuelo semántico, o mejor: interpretativo, que deseamos descubrir. A punto ya de abandonar la pesquisa me encuentro con otra definición que no es que sea la alegría de la huerta desde un plano semántico, pero al menos se aproxima, bien que tímidamente, a esa buscada cualidad "artística" que nos serviría como prólogo u obertura de la muestra de arte que queremos comentar. Esta última definición dice así: "Cuando hablamos de 'horizontal' nos referimos una posición paralela a la línea del horizonte, del latín 'horizontem', que es aquella que visualmente se nos aparece como juntándose el cielo con la tierra". Bueno, al menos aquí contemplamos un cierto paisajismo, incluso algo de "narración" aunque un tanto fragmentada, pero al menos nos hace recordar la letra de un famoso bolero histórico: "permíteme igualarme con el cielo que a ti te corresponde ser el mar". Llegados a este punto, o a este "nivel", poseemos ya más argumentos teóricos (incluso sentimentales, como acabamos de ver) para comentar la muestra "Horizontal", siendo sus autores y artífices Miquel Mont (Barcelona, 1963) y Guillermo Mora (Alcalá de Henares, 1980). La misma ha sido comisariada por Virginia Torrente para la sala "La Fragua" de Tabacalera-Madrid.

"Horizontal" es, en primera instancia, pero en absoluto como única cualidad, una exposición de pintura y sobre la pintura realizada por dos artistas que como muy bien dice la comisaria han desarrollado "un trabajo performativo realizado a cuatro manos y dos cerebros". Y podemos agregar: más la importante colaboración del espacio que generosamente se ha unido a esta singular sonata para piano a cuatro manos. No es que los creadores hayan sabido interpretar muy bien el muy físico territorio donde se desarrolla la acción –sí, también se manifiesta una rara escenografía teatral-, es que el espacio intervenido también "habla", también expresa y defiende sus posibles significantes. O lo que es lo mismo: la inteligente y visualmente muy seductora intervención de los artistas es lo que ha posibilitado que el espacio "de su opinión" - ciertamente "sentimental" ese parecer pues se ha contemplado y transformado el pasado vivido del escenario donde se desarrolla el "hecho pictórico". Ahora bien, esa realidad artística creada, que es cierta, innegable y profundamente pictórica, únicamente ha sido

posible por una rigurosa depuración de procesos constituyentes, de previos análisis dialécticos, de trabajos de campo, de muchos procedimientos e infinitas variantes y posibilidades. De ahí que si bien no es incorrecto hablar de “un trabajo a cuatro manos y dos cerebros” resulta más pertinente referirnos a “Horizontal”, utilizando la terminología musical, como un “dúo de piano” -es decir: dos intérpretes que utilizan dos iguales instrumentos, en este caso la diversa práctica de cada uno en la disciplina pictórica y en su más expansiva acepción-, pues “a cuatro manos” es cuando los ejecutantes utilizan un solo instrumento. No es el caso, en absoluto. Tanto Miquel Mont como Guillermo Mora poseen dos discursos muy bien perfilados y trabajados, si bien en esta ocasión –y aquí radica quizá el valor más preclaro de la muestra- han realizado una admirable “dialéctica positiva” donde cada uno de ellos ha exhibido lo que bien podemos definir como “sus constantes artísticas”, y dejando que sea el espacio, como ya hemos apuntado, “el que hable”, el que salomónicamente divida y reparta el productivo territorio en común.

Cuando nos situamos en la primera sala, en decir: en la entrada, de los tres espacios que en imperceptible descenso conforman el territorio donde se ha desarrollado este muy refinado “site-specific” pictórico -pero también escultórico, y “espacial” y “ambiental”, y...- tenemos a la derecha el campo de Miquel Mont y a la izquierda el de Guillermo Mora. En el territorio de Miquel contemplamos esculturas geométricas realizadas con la eficacia de un bisturí y la fría arrogancia visual y táctil de los metales y el cristal. En el de Guillermo, en cambio, la temperatura ambiental se eleva unos grados, los suficientes para caldear su territorio con las pequeñas y orgánicas esculturas realizadas y moldeadas, cual raros panales, con cintas adhesivas, además de la inquietante gestualidad de los brochazos de silicona. Pero hasta llegar a la consideración de estos objetos –o lo que es lo mismo: de esta pintura enajenada y fuera de sí- antes nos hemos ahogado, literalmente, en el color, en los colores. Los de Miquel son delicados y suaves, y simbólicamente “femeninos”, como los tutús de ballet en las pinturas de Degas, mientras que los de Guillermo hay una mayor violencia cromática, quizás más provistos de una ácida trascendencia. También han creado planos de color de autoría compartida negociando su eficacia a partir de los gustos cromáticos de cada uno.

Lo horizontal de “Horizontal” sería, tal como leemos en el escrito de Virginia Torrente, “la línea marcada por la mirada, a una altura de 1.70 metros, que es una media dada por el ojo humano”. Con otras palabras: “Horizontal” es un dispositivo artístico pictórico que tiene el cuerpo humano como referencia y como horizonte, nunca mejor dicho. Estos bellísimos y arrebatados campos de color parece que han sido creados para situar en ellos algo así como el resultado de la unión de “El hombre de Vitrubio” de Leonardo y el “Modulor” de Le Corbusier. En definitiva, “Horizontal” es un soberbio discurso sobre la pintura y el color,

sobre la representación humana y el lugar que esta humana figura ocupa en la pasional arquitectura de su propia existencia. No es poco, desde luego, lo que nos ofrecen estos dos magníficos artistas. Al final siempre volvemos a la entrañable caridad de los afectos y los sentimientos en el horizonte: “Permíteme igualarme con el cielo que a ti te corresponde ser el mar”.

Luis Francisco Pérez  
Octubre de 2019